

toria del Gran Cauca, publicada en 1992, y el conjunto de trabajos del grupo de historiadores de la costa del que es excelente ejemplo Eduardo Posada Carbó muestran la fuerza de la preocupación académica por lo regional, y han logrado producir estudios académicos de un nivel muy superior al que caracterizó las historias regionales escritas en la primera mitad del siglo, en los años de la república conservadora, quizá para responder a una historiografía nacional que se identificaba con el proyecto centralista de la Regeneración. Estos trabajos recientes muestran las incertidumbres de un país cuya crisis política actual se manifiesta, tanto como en el conflicto armado, en la indecisión acerca de las reglas que deben regular las relaciones entre el Estado nacional y los gobiernos regionales, entre la nación, la región y la localidad. Y sin duda confirman en buena parte la visión convencional, que ha mostrado cómo en Colombia —así (o tal vez porque) el nacionalismo sea débil—, las diversas formas de regionalismo no se han configurado en contraposición a la nación sino sobre todo en el enfrentamiento a más prosaicos problemas de asignación presupuestal o de distribución de competencias y autonomías administrativas.

Sin entrar a discutir la forma como Eduardo Posada construye su concepto de la región costeña, puede decirse que con este libro se completa una primera fase, un primer ciclo en el proceso de reconstrucción crítica del pasado de la costa. Una obra que al mismo tiempo que realiza importantes aportes derivados de la obtención de nuevas informaciones, de la construcción de nuevos hechos y problemas, ofrece un esfuerzo de síntesis integral de ese proceso. Como todas las síntesis, es, sin duda, provisional.

Muchos, con seguridad, se preguntarán si es posible avanzar más en la construcción de series estadísticas que permitan aplicar en forma más precisa modelos de desarrollo económico, o plantearse hipótesis de corto alcance verificables empíricamente: Posada, con muy buen sentido, ha evitado ir mucho más allá de lo que las fuentes disponibles permiten. El papel del gasto público, la historia de las formas de trabajo urbano, el impacto de la educa-

ción forman parte, indudablemente, de la historia regional que es preciso elaborar. La cultura de la región asoma, por supuesto, en varias de las discusiones, como la del papel de los extranjeros en la zona, o en las primeras discusiones sobre los rasgos característicos de la costa, pero indiscutiblemente es mucho lo que hay que desarrollar estos temas, que incluyen además, en esta región, el difícil problema de las identidades sociales y raciales.

Sin embargo, lo hecho es más de lo que nadie hubiera pensado posible hace pocos años, y por su calidad y el meticuloso balance entre la discusión de la documentación y la formulación de explicaciones, *El Caribe colombiano. Una historia regional (1870-1950)* da una base sólida para la continuación de este proceso de análisis y para que las insuficiencias que todavía se tienen en el conocimiento de la costa empiecen a superarse con nuevas investigaciones.

JORGE ORLANDO MELO

El puesto del punto de Pasto

Pasto: espacio, economía y cultura

Benhur Cerón Solarte

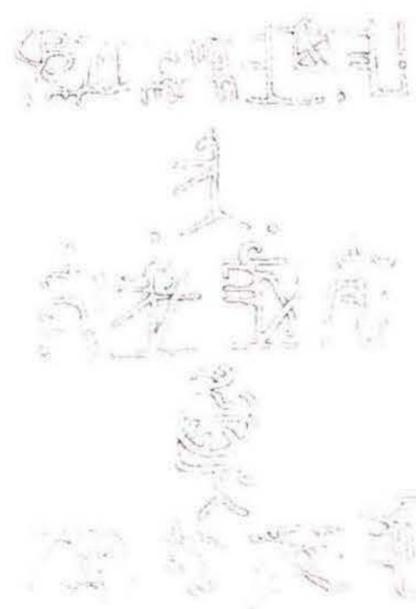
y *Marco Tulio Ramos*

Fondo Mixto de Cultura de Nariño, colección Sol de los Pastos, Pasto, 1997, 550 págs.

El libro que reseñamos forma parte de la colección bibliográfica que publica el Fondo Mixto de Cultura de Nariño. Se compone de dos partes: una escrita por el profesor Cerón, que aborda la forma en que surge la región de Nariño, y un estudio sobre el desarrollo de la ciudad de Pasto entre 1989 y 1996, que es escrito por el profesor Ramos. Esta reseña se circunscribe a la primera parte, pues se trata de estudios diferentes, aunque vengán presentados en el mismo libro y en mucha medida se complementen.

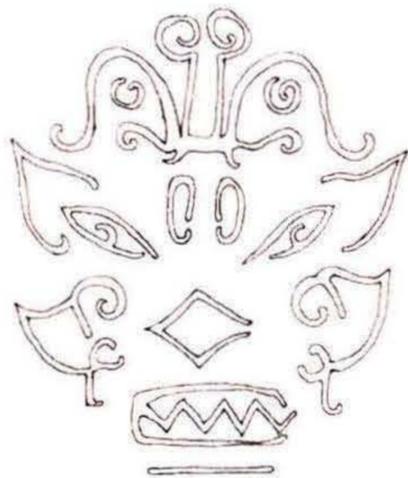
El escrito del profesor Benhur Cerón se inicia con un estudio de los aspectos geográficos y medioambientales

de Nariño, que se caracteriza por ser muy técnico y por el uso de un vocabulario muy especializado. No ocurre lo mismo con los capítulos siguientes, donde el profesor pone en juego herramientas de la geografía y la historia para ofrecernos uno de los más importantes trabajos de historia regional que se han escrito en el suroccidente del país. La visión histórico-geográfica le permite mostrar las particularidades de la formación regional del sur, que tiene como constante permanecer prácticamente marginal al desarrollo nacional, entendido éste no como una unidad, sino como una integración que viene dada por la aplicación de políticas que permiten la consolidación de un mercado interno y de una economía orientada hacia la exportación, la cual se ve facilitada por una infraestructura de comunicaciones que es impulsada desde los centros de poder.



Esta lógica de ordenamiento espacial determinada por las necesidades del mercado, en el caso de Pasto, se remonta a la época prehispánica cuando, según Cerón, los indígenas hicieron uso de "la verticalidad andina", propuesta por John Murra para el incario. De acuerdo con esta lógica económica, los indios tenían acceso a diferentes nichos ecológicos, lo que les permitía acceder a una diversidad de recursos bióticos situados en ambientes climáticos que iban desde lo caliente a lo frío. La forma bastante simple en que esto aparece expuesto en el texto (pág. 52) no permite entender muy bien la aplicación de la tesis de Murra, y puede ocasionar que suene algo injusta la crítica que le

haré y que se orienta a mostrar que, de acuerdo con la lógica de mercado que Cerón utiliza para establecer el ordenamiento espacial, la tesis del antropólogo norteamericano no es en este caso la herramienta teórica más eficiente, pues Frank Salomón ha mostrado que en los Andes del norte, y en este caso en Pasto, la utilización de la "microverticalidad" ha resultado más útil. Según esta tesis, las comunidades indígenas de estos territorios podían acceder a los elementos bióticos y artesanales que no producían, mediante la acción de *mindalaes*, una especie de comerciantes prehispánicos que se encargaban de la circulación de productos; esta tesis a su vez ha recibido algunas críticas, pero creo que es más útil en este caso, ya que la de Murra exige para su cumplimiento una organización social bastante compleja, lo que no parece evidenciarse en el territorio de Pasto.



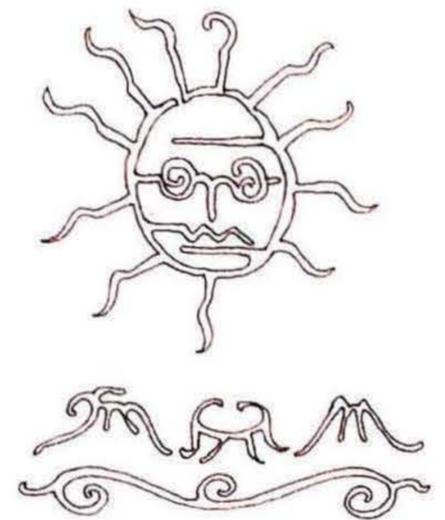
En lo que sí estoy de acuerdo con el autor, es en que la organización espacial indígena sufre una ruptura violenta con la presencia de los españoles, quienes amplían la frontera agraria, fundan ciudades, modifican la organización de los pueblos de indios y establecen un flujo de productos hacia la producción minera asentada en el litoral Pacífico, que hará aparecer un espacio económico claramente articulado: el eje Barbacoas-Túquerres, que integra la producción minera con la producción agraria. Este ordenamiento implica el desarrollo de pueblos en el altiplano frío, pero deja espacios en tierras calientes que en el siglo XVIII son ocupados por mestizos que escapan a los rígidos controles que ejercen

las autoridades y los curas, lo que permite desarrollar un proceso de poblamiento campesino, relativamente autosuficiente y que se caracteriza por la existencia de "trapichitos" productores de aguardiente, algo que resulta al mostrar una complejidad social que nuestro desconocimiento no nos permitía ni siquiera imaginar, pues cada vez que mirábamos el sur lo veíamos ocupado sólo por una minoría blanca que dominaba una de las poblaciones indígenas más importantes del país. Este aporte de Cerón viene a enriquecer el estudio de las sociedades campesinas y se presta para mayores desarrollos y para estudios comparativos con las investigaciones que realizan Eduardo Mejía para el Valle del Cauca y Jorge Conde para la costa Atlántica.

Este poblamiento permite al autor hablar de un "proceso territorial discontinuo" que se ve estimulado por las condiciones del relieve, de tal forma que no se produce un proceso de integración regional, sino una articulación localista que cada área sostiene por separado. Así, además de Túquerres con Barbacoas, Ipiales tiene relaciones con Ecuador, Pasto con el Putumayo y el norte y La Cruz con el Valle del Cauca y Huila. De esta manera se establecen dos zonas pobladas: la costa, con centro en Barbacoas, y los Andes, con Pasto, Túquerres e Ipiales. Si a lo anterior se agrega el aislamiento con respecto a otros espacios coloniales, entenderemos que en Pasto —el espacio administrativo— se consolida una elite que con la Iglesia ejercerá su dominio sobre grandes masas de indígenas y mestizos.

Esto se mantendrá sin mayores cambios a lo largo del siglo XIX, pues, debido a la consolidación regional que se impuso después de la independencia y ante la ausencia de productos exportables, en el sur sólo se construyó el camino de Barbacoas durante el período del Estado Soberano del Cauca. Esto hizo que internamente las ciudades del altiplano se mantuvieran precariamente unidas por los caminos coloniales y que sólo en 1932 pudieran comunicarse por una pésima carretera con Popayán y el Valle del Cauca. La marginalidad y falta de interés en la realización de obras de infraestructura en la zona resalta, si se tiene en cuenta que mien-

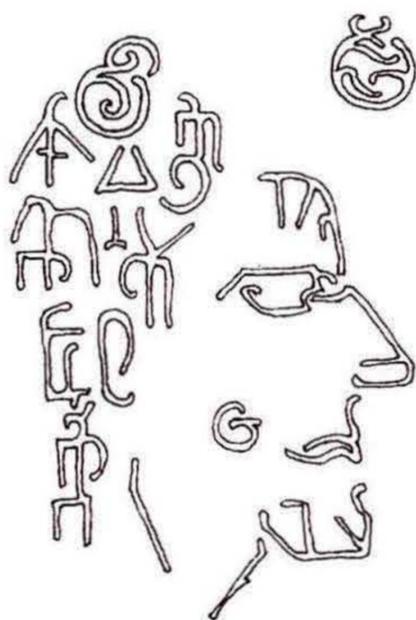
tras el Valle tenía vapores, ferrocarril y carreteras para facilitar sus exportaciones. Nariño tenía unos pocos kilómetros de carreteras aisladas que sólo se unieron debido a las necesidades de la guerra con el Perú, y no precisamente buscando su desarrollo económico o su integración con el resto del país.



Uno de los aportes del libro está en mostrar cómo la carretera permitió la incorporación de Nariño al país: lo hizo aportando productos agropecuarios, pero principalmente aportando su gente, pues oleadas de nariñenses abandonaron sus tierras buscando su bienestar económico en el Valle del Cauca, en el Cauca, en el Huila o en el Putumayo; además un grueso número de ellos marchó al Ecuador, en especial a la zona de Santo Domingo de los Colorados. Esta parte del trabajo es muy bien planteada, sustentada con estadísticas bastante creíbles y muestra, sin que lo haya dicho antes, que el interés del autor es explicar el presente de Nariño como una clara consecuencia de su pasado de marginalidad y falta de integración con el resto del país, lo que se debe tanto a la falta de liderazgo interno como al desinterés de los gobiernos nacionales.

El capítulo tercero desglosa el desarrollo de Pasto durante el período colonial. El planteamiento fundamental consiste en mostrar cómo una de las ciudades mejor situadas del país y con una población indígena considerable termina siendo un área marginal y en crisis económica. En efecto, Cerón muestra que a partir de la fundación de una población en el Valle de Atriz se inicia un proceso de poblamiento que

permitió el surgimiento de una economía colonial que explotó tanto productos nativos como europeos, en particular el trigo, que se convertirá en la producción dominante hasta ser superado por la ganadería. Esto se logró gracias a la existencia de una población indígena numerosa —la cuarta en importancia después de las de Santafé, Tunja y Quito—, que haría que las encomiendas de Pasto contaran con un número de tributarios superior al de las ciudades anteriormente citadas. Esto permitió la consolidación de una elite blanca que llevó al desplazamiento de los indígenas del valle a las montañas, que controló férreamente a sus encomendados y que aprovechó las ventajas de la posición geográfica de la ciudad, situada en un punto intermedio en el camino entre Lima y Cartagena, para reproducirse y perpetuarse.



Su situación, su voluminosa población, la fertilidad de los suelos, hizo de Pasto una de las ciudades más importantes del país, con una numerosa población blanca y con unas características de ciudad que la diferenciaron de los demás pueblos surgidos en el entorno. Su elite dominó férreamente a los indígenas y mestizos gracias al control que ejerció sobre el cabildo local, de la misma manera como lo hicieron otras elites coloniales. Pero la prosperidad inicial se vio dificultada por múltiples factores: cambios climáticos, plagas, erupciones volcánicas, huida de los encomendados, y un aumento considerable del contrabando que dificultó la circulación de la producción artesanal local, en particular la de textiles. Ade-

más, las fortunas nacidas de la tributación indígena se vieron menguadas por los censos, por los impuestos y por el gasto suntuario.

Igualmente interesantes son las referencias a las características de los aspectos culturales que son recogidos a partir de elementos destacados de la cotidianidad y que nos hablan de la construcción de un sistema de valores hispanizantes y católicos que al ser transgredidos reciben castigos ejemplarizantes, como cuando don Gonzalo Rodríguez, en el siglo XVI, se atreve a proponer la independencia frente a España. También nos habla de la existencia de una sociedad campesina más libre, de la necesidad de controlar los amancebamientos y otros pecados públicos y, como en tantas ciudades coloniales, de la necesidad de controlar a los cerdos, una especie animal que en todas partes parece haberse dedicado a destruir las acequias, empedrados y otros símbolos de la civilidad.

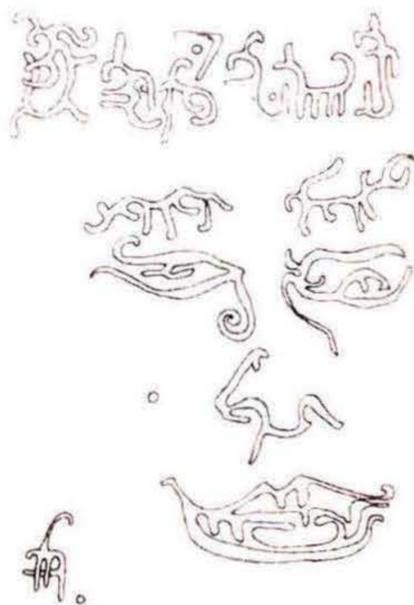
El capítulo dedicado al siglo XIX reitera la situación de marginalidad vivida por la región desde la época colonial. En él, el autor muestra cómo las guerras de independencia someten la región a una enorme crisis que no le permiten vincularse al tipo de desarrollo que propone la nueva república. Sin embargo, Pasto participa del desarrollo exportador de materias extractivas y logra mantener algunos vínculos de intercambio con otras regiones del país que se venían dando desde la colonia. Pero lo que se percibe como más importante es el desarrollo de una producción artesanal y campesina que permitirá participar precariamente en el desarrollo exportador con sombreros y tabaco. Una mirada sobre los relatos de viajeros muestra cómo el desarrollo interno se orienta a cierta autosuficiencia construida sobre una industria artesanal que es distribuida en tiendas locales o exportada a regiones cercanas; se trata de barniz, de telas burdas, mantas y ruanas y artículos de cuero. Este tipo de desarrollo marginal y autónomo marchó unido a un desarrollo de una cultura regional caracterizada por una fuerte influencia clerical que, heredada de la colonia e incrementada con la participación del clero en las guerras de independencia, se mantuvo por la ope-

sición que la elite pastusa hizo al proyecto republicano, sobre todo por sus visos liberales y laicos. La participación de los pastusos se dio de dos modos: por una parte, los artesanos hallaron el proyecto liberal más cercano a sus intereses, lo que los llevó a participar en la "comuna de Pasto", y por otra, la mayoría de la población orientada por curas y obispos se opuso a prácticamente todo lo que llegaba de la república, fueran viajeros, ideas o proyectos. Esto mostró a los pastusos como seres aislados, desconfiados y retraídos, una imagen que Cerón encuentra reproducida en muchas fuentes. Otra parte interesante de este capítulo es la que se refiere a las luchas propiamente pastusas contra el ideario liberal que produjeron en 1904 la creación del departamento de Nariño.



En lo que se refiere al siglo XX, muestra cómo en el sur se presenta un período de estancamiento que se refleja en la imagen de atraso colonial de los pueblos y las ciudades. En el caso de Pasto no hay expansión urbana y la falta de servicios públicos brinda un aspecto de abandono y desaseo. En lo económico lo único que sobresale es el aspecto artesanal, que no muestra muchos cambios con respecto al siglo XIX; sin embargo, se sigue reflejando la idea de una región autosuficiente. Esta autarquía se rompe en Túquerres, gracias al activo comercio con Barbacoas y Tumaco, y en Ipiales, donde se desarrolla una importante textilera lanar. La creación del departamento no modifica sustancialmente las cosas a pesar de los esfuerzos hechos por mejorar la si-

tuación, principalmente con la creación de la Universidad de Nariño y algunas reformas administrativas, pues los esfuerzos se pierden en medio de la politiquería y la corrupción. Como consecuencia, Nariño queda marginada de importantes proyectos de infraestructura, tales como ferrocarriles, carreteras y navegación a vapor, que buscan principalmente facilitar las exportaciones y en particular las de café. La marginalidad y el atraso se dejan ver en el hecho inverosímil de que Pasto importe en 1932 más de medio millón de pesos en textiles desde el Ecuador. No obstante esto, se notan lentas transformaciones, tales como el inicio del sistema bancario y un lento despegue hacia las industrias de alimentos y bebidas, aunque se sigue notando la fuerza de la hacienda tradicional y de las pequeñas tiendas minoristas. Igualmente, se impone el suministro de harina de trigo a las fábricas de Cali como la actividad económica preponderante.



Es interesante el estudio de los primeros empresarios modernizadores pastusos, quienes se vieron estimulados por dos hechos conexos: la guerra con el Perú y la apertura de la carretera hacia Popayán, que saca a la región de su tradicional aislamiento. La actividad de estos empresarios convierte a Pasto en un centro de atracción de población que se ve estimulado por los efectos de varios terremotos que destruyeron algunos pueblos en 1935 y 1936. Igualmente, Túquerres e Ipiales se convirtieron en polos de atracción subregional e iniciaron un acelerado proceso de reordenamiento territorial que llevó a la di-

solución de los resguardos y al crecimiento de las ciudades comerciales a cuyo alrededor gira la vida de los otros pueblos.

ALONSO VALENCIA LLANO
Departamento de Historia,
Universidad del Valle
alvalenc@mafalda.univalle.edu.co

Los comuneros en resumen

La rebelión de los comuneros

Mario Aguilera Peña

Editorial Panamericana, Bogotá, 1998.
90 págs.

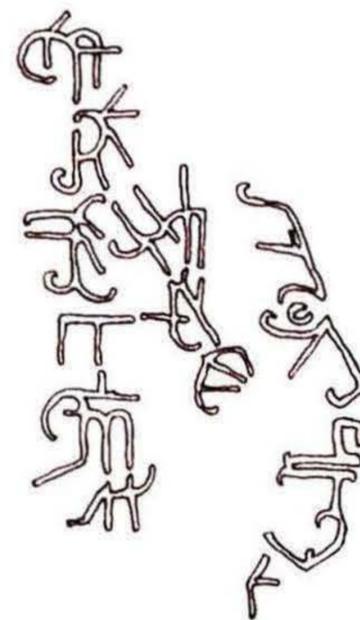
En 1781, en lo que es ahora el departamento de Santander, un ejército de aproximadamente veinte mil hombres se organizó con el fin de movilizarse hasta la ciudad de Santafé. Dicha organización y movilización fue bautizada como la rebelión de los comuneros.

La historia de nuestro país no ha dejado de recordar ese episodio, que significó para muchos el comienzo de la gesta libertadora, que terminó de lucharse el 7 de agosto de 1819, con la derrota de los españoles. Para muchos otros es digna de recordarse por la manera como finalmente fuera castigada por las autoridades españolas. Pocos ignoran el castigo que recibió José Antonio Galán, quien tomó parte en la rebelión pero no formó parte de los firmantes de las "capitulaciones".

Mario Aguilera Peña, historiador y profesor de la Universidad Nacional de Colombia, es el autor de *La rebelión de los comuneros*, un cuadernillo dedicado a este acontecimiento de nuestra historia. Nunca es suficiente una publicación más para refrescar la memoria de un país olvidadizo como el nuestro. Incluso, un texto sobre levantamientos en contra de las instituciones, como lo que fue definitivamente el acontecimiento de los comuneros, de seguro mostrará más de una correspondencia con el presente sangriento que vivimos, y no dejará de impresionar, por indicarnos lo

poco que hemos avanzado en los terrenos de la paz, desde ese entonces.

El folleto no se ocupa solamente de relatar lo que aconteció. También se incluye una breve sección de preguntas al final de cada capítulo, lo que le da un enfoque bastante didáctico. El texto, en definitiva, está dirigido a un público estudiantil no especializado. La finalidad es, sin duda, dar a conocer el suceso dentro de cierto marco histórico-geográfico.



Aguilera Peña organizó su libro de una manera clara y eficaz. Primero nos habla de la situación de la colonia española en ese entonces. Menciona, así, el conjunto de reformas que la corona implantó en la segunda mitad del siglo XVIII; reformas relacionadas con la organización política y con los impuestos. Se crearon nuevas contribuciones al gobierno, además de que se aumentaron algunas de las antes existentes. La consecuencia directa e inmediata de dicha situación fue la subida de los precios de los productos. Así, los afectados eran los consumidores, aunque los comerciantes tampoco se libraron de pagar las consecuencias de la reforma.

Un hecho que tampoco pasa por alto Aguilera Peña, y que posiblemente está directamente conectado con esta nueva política colonial, son los levantamientos que se produjeron en otras provincias de la América española.

En lapsos muy cortos de tiempo hubo manifestaciones de inconformidad en la Capitanía General de Venezuela, la Audiencia de Quito, el Virreinato del Perú y el Virreinato del Río de